
«NAVEGAR ES NECESARIO - VIVIR NO ES NECESARIO»

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Olegario González de Cardedal*

I. INTRODUCCIÓN. TRES FRASES Y SU ENTRAÑA

La primera frase, que nos sirve de título, tiene una larga y sutil historia.

Arrancando de un hecho histórico preciso, terminó convirtiéndose en una afirmación de naturaleza antropológica con voluntad de valor metafísico a la vez que de provocación utópica. Por ello comencemos recordando su contexto marineramente para luego recalcar en nuestra meditación ética. Es verosímil que esta afirmación, sorprendente para el sentido común, haya nacido del silencio meditativo de algún filósofo platónico, o neoplatónico. A la historia, sin embargo, ha pasado por ponerla Plutarco (40-120 d.C.) —que además de historiador fue al mismo tiempo moralista y filósofo con preocupaciones religiosas— en boca de Pompeyo, cuando escribe sus *Vidas paralelas*, en un marco que en un sentido la hace verosímil, mientras que en otro la torna tan inverosímil como los discursos que César o Aníbal dirigen a sus soldados cruzando los Alpes o ante una batalla decisiva. Pero leamos el texto original griego:

«Encargado Pompeyo de la organización y dirección del avituallamiento de Roma, envió legados y amigos a muchos lugares. Él mismo se embarcó hacia Sicilia, Cerdeña y Libia, procediendo a la recogida de cereales. Cuando ya estaban los barcos a punto de zarpar, se desencadenó un viento fuerte y

* Sesión del día 29 de octubre de 1996.

los marineros no se atrevían a hacerse a la mar: Entonces Pompeyo subió el primero a las naves, dio orden de levar ancla y gritó: πλεῖν ἀνάγκη - ζῆν οὐκ ἀνάγκη (Navegar es necesario-vivir no es necesario). Gracias a su audacia y celo, secundados por la buena suerte, llenó de trigo los mercados y el mar de navíos, de forma que las provisiones fueron suficientes incluso para los pueblos más allá de Roma y de Italia, como una fuente inagotable, cuyas aguas fluyen hasta los extremos de la tierra»¹.

La frase ya en su contexto de nacimiento está apuntando a una idea general más allá de la situación particular. Por ello se convirtió en lema de instituciones y de empresas: desde la Liga anseática, que la grabó en los muros del puerto de Bremen, hasta la marina de Castilla por un lado, y por otro no pocas instituciones educativas². Señal de que en ella adivinaban la formulación de una doble realidad determinante de la vida del hombre: el atenuamiento a lo primordial e indispensable para subsistir, a la vez que el anhelo profundo por lanzarse a otro universo de realidad que, a pesar de ser menos evidente y menos urgente en el orden de la subsistencia, sin embargo es más esencial en el orden del sentido, de la dignidad y de la gloria destinada a la vida humana.

Me permito aludir a otras dos frases que surgen en contextos bien diferentes y que sin embargo remiten igualmente a ese universo de peligro y sentido, de realismo y dignidad existente en la vida humana, sin la cual ésta no merecería vivirse, porque recaería en lo que es previo a ella, la pura facticidad de las cosas regidas por la ley de la gravedad o la pura necesidad de pervivencia de los animales regidos por el instinto. El hombre está dotado de un «exceso» de realidad a la vez que de una «carga de posibilidad», que le llevan más allá de lo que necesita para pervivir, alimentándose y no muriéndose. Aquí arranca el problema real de la ética como determinación del hombre que para ser necesita lo aparentemente innecesario, viéndose ya religado a lo que todavía no es real sino sólo posible y por lo que, estando lejos y todavía siendo invisible a sus ojos, puede arriesgar la vida por su conquista.

Encontramos otra frase paralela a la de Plutarco en un autor también clásico, Juvenal. En ella se contraponen dos dimensiones de la vida: por un

¹ *Vidas paralelas* VII, 50,13. Cfr. Plutarque, Vies. Tome VIII. Paris: Belles Lettres 1973. Pág 225; Id., *Regum et Imperatorum Apothegmata* 204C. Cfr. *Plutarchi Moralia*. 172-208. (Hrgs. W. Nachstadt. Leipzig Teuberner 1935 1971).

² Cfr. R. Tosi, *Dizionario delle sentenze latine e greche* (Milano: Rizzoli 1993) N° 1232; H. Walther, *Lateinische Sprichwörter und Sentenzen des Mittelalters in alphabetischer Anordnung I-V* (Göttingen 19-63-1967); Id., *Lateinische Sprichwörter und Sentenzen des Mittelalters und derfruben Neuzeit I-III* (Göttingen 1982-1986).

lado la mera persistencia en la vida animal y por otro el pudor u honestidad personal (*anima pudor*), a la vez que se diferencia entre el hecho de la vida y las causas del vivir, que lo sostienen y le confieren su gloria (*vita - causas vivendi*). He aquí el texto latino y luego la traducción castellana con unas líneas anteriores, que nos dejan adivinar el contexto y significado de la afirmación programática de Juvenal:

«Summum crede nefas animam praeferri pudori el propter vitam vivendi perdere causas».

«Tú sé un buen soldado, un buen tutor, también un árbitro imparcial; si alguna vez te citan como testigo en un asunto incierto y ambiguo, ni aun cuando Fálaris te ordenara deponer falsamente y te ordenare el perjurio acercándote el toro, tú ten por infamia suprema preferir la vida al honor y para salvar la vida perder la razón de vivir»³.

Empresas históricas colectivas como en el primer caso y exigencias morales como el segundo pueden reclamar la vida hasta ponerla en peligro, ya que si perdurar es importante, más sagrado es vivir la vida conforme a su constitutiva exigencia interna y en línea con su ley determinante, aun cuando esto implique el riesgo de perderla. La vida no es vivible de cualquier modo, sino conforme a su entrañable dinamismo y a sus objetivos propios, que ciertas formas de su realización puede negar por recusación, por degradación o por ocultación.

Hay otro tercer orden de experiencias que pueden llevar al hombre no sólo a poner la vida en supremo riesgo en un momento heroico en que se le exige el esfuerzo supremo, sino a ponerla toda ella en todo tiempo en la tensión de vivir desviviéndose, haciendo de la misión la clave determinante de todo hacer y padecer, poseer y renunciar. En castellano existe un verbo sorprendente: «des-vivirse». Lo único necesario para quien siente esta llamada y vive bajo el imperativo correspondiente es justamente que su misión se cumpla, que pueda existir entero para ella. Con el fin de no impedirla o entorpecerla renuncia a todo lo demás. La vida es entonces la misión y la misión es entonces la vida. Ortega, que ha descubierto la profunda significación antropológica de las categorías de vo-

³ Juvenal, *Sátira* VIII, 79-84 Cfr. *Sátiras*. Trad. de M. Balasch. Madrid: Gredos 1991. Pág. 282. Kant lo cita en la conclusión de su *Crítica de la Razón práctica*. Cfr. Trad. de E. Miñana-M. García Morente. Salamanca: Sígueme 1994. Pág 190-191. Él lo aplica a la tensión y «la fuerza del motor que se halla en la ley pura del deber como deber».

cación-misión⁴, más allá de su origen religioso, recoge una frase de San Francisco y otra de Fichte que nos hacen presente esta nueva experiencia:

«El filósofo renuncia a toda seguridad previa, se pone en absoluto peligro, practica el sacrificio de todo su creer ingenuo, se suicida como hombre vital para renacer trasfigurado en pura intelección. Puede decir como Francisco de Asís: «Yo necesito poco y eso lo necesito muy poco». O bien como Fichte: «Philosophieren heisst eigentlich nicht leben, leben heisst eigentlich nicht philosophieren». Filosofía es propiamente no vivir y vivir propiamente no filosofar. Ya veremos, sin embargo, en qué sentido esencial y nuevo, la filosofía, al menos mi filosofía, incluye también la vida»⁵.

Junto a estos textos que subrayan la diástasis o senda que se abre entre las dos laderas de la existencia humana (que postula el atenuamiento riguroso a lo verificable y urgente, pero que al mismo tiempo apunta a otro orden sagrado, absolutamente real aun cuando no sea conquistable en el instante ni podamos tener seguridad de poder llegar a apropiárnoslo,) hay otros textos que reclaman el realismo de andar con pies de plomo proveyendo primero al pan de cada día (economía) o a la responsabilidad ciudadana (política) antes que a los grandes problemas éticos, religiosos o metafísicos. Esta afirmación puede venir de la mano de un educador de la república como era Cicerón al escribir en una carta a su hijo: «*Philosophiae quidem praecepta noscenda, vivendum autem esse civiliter*»⁶. Aquí aparece contrapuesta la vida activa y responsable del bien común de los ciudadanos al *otium* especulativo propio de los filósofos, que encontra-

⁴ «Misión significa, por lo pronto, lo que un hombre tiene que hacer en su vida. Por lo visto, la misión es algo exclusivo del hombre. Sin hombre no hay misión... Lo que el hombre tiene que hacer, lo que el hombre tiene que ser, no le es impuesto sino que le es propuesto... Hay en el hombre la ineludible impresión de que su vida, por tanto su ser, es algo que tiene que ser elegido. La cosa es estupefaciente; porque eso quiere decir que, a diferencia de todos los demás entes del Universo, los cuales tienen un ser que les es dado ya prefijado, y por eso existen, a saber, porque son ya desde luego lo que son, el hombre es la única y casi inconcebible realidad que existe sin tener un ser irremediabilmente prefijado, que no es desde luego y ya lo que es, sino que necesita elegirse su propio ser. ¿Cómo lo elegirá? Sin duda, porque se representará en su fantasía muchos tipos de vida posibles, y al tenerlos delante, notará que alguno de ellos le atrae más, tira de él, le reclama o le llama. Esta llamada que hacia un tipo de vida sentimos, esta voz o grito imperativo que asciende de nuestro más radical fondo, es la vocación». J. Ortega y Gasset, *Misión del Bibliotecario* (1935), Obras V, 210-212.

⁵ Obras VII, 323-334.

⁶ *Epistolae ad Marcum filium*. Fr 2.

mos ya en Aristóteles⁷. La filosofía dice referencia al sujeto individual, mientras que la preocupación por la república dice referencia al bien de todos los demás ciudadanos. Se trataría de la solicitud y solidaridad con el prójimo que reclaman la primacía de la política sobre la filosofía.

Este brote de escepticismo, que asoma en las palabras de Cicerón, con una mirada vuelta hacia este mundo con todo lo que exige y promete, aparece de manera patente y provocadora en las cartas y poemas de Horacio, quien tras filosofar primero por sí mismo se atiende luego a lo que la voz pública repite, citando a dos tipos humanos significativos: los banqueros y los jóvenes:

«O cives, cives, quaerenda pecunia primum est; virtus post nummos: Haec Janus summus ab imo producet, haec recinunt juvenes dictata senesque laevo suspensi loculos, tabulamque lacerto»⁸.

Tal realismo, escéptico primero y cínico después, parecería que deja sin legitimidad a las afirmaciones anteriores, cuando es llevado al extremo en la sentencia, atribuida en su literalidad a Hobbes: «*Primum vivere, deinde philosophare*»⁹. Más cerca a nosotros es la frase de Bertold Brecht: «*Primero pan, luego ética*», que hace eco a aquella otra, que dividió a tantos dentro y fuera de la Iglesia a la hora de establecer en que orden se debían ofrecer el alimento espiritual y el material: «¿Qué es primero: el pan o el catecismo?».

II. ¿QUÉ ES NAVEGAR Y QUÉ ES VIVIR? POSIBILIDADES Y NECESIDADES. LA EXISTENCIA HUMANA COMO PROYECTO Y QUEHACER

A la luz de la contraposición entre estos textos aparece el problema de fondo: la complejidad de la vida humana, la existencia de necesidades diver-

⁷ *Política* 1333-1334. Otros ejemplos en: R. Tosi, *Dizionario.*, N° 350.

⁸ Horacio, *Epistulae* I, 1, 52-56.

⁹ Cfr. R. Tosi, *Dizionario.*, N° 350. «Está bien que se diga: primero es vivir y luego filosofar —en un sentido muy riguroso es, como ustedes están viendo, el principio de toda mi filosofía—; está bien, pues, que se diga eso —pero advirtiendo que el vivir en su raíz y entraña misma consiste en un saber y comprenderse, en un advertirse y advertir lo que nos rodea, en un ser transparente a sí mismo». J. Ortega y Gasset, *¿Qué es filosofía?* (1929). Lección 10.

sas y de un último sentido aparentemente contrario, la urgencia de establecer una coordinación entre ellas, la necesidad de soportarlas todas, la inexorabilidad de establecer primacías, ya que de lo contrario surgirá la colisión y nos encontraremos ante situaciones límites, en las que una necesidad reclama afirmación absoluta desplazando a otras. Aparece claro que no todo es igual ni tiene la misma importancia para la vida en cuanto personal y en cuanto perduración puramente fáctica, en cuanto individuo y en cuanto ciudadano, en cuanto pervivente y en cuanto encargado con una misión, en cuanto atenazado por muchas urgencias cotidianas y, sin embargo, colgado de una única pregunta suprema: ¿cuál es el sentido definitivo y último de todo lo que hago y que constituyéndome ahora, me forja y me destina, decidiendo qué va a ser de mí?

El hombre necesita saber qué tiene que hacer, para lograr lo que tiene que ser. Pero antes necesita responder a las preguntas claves: ¿qué es el hombre?, ¿quién soy yo?, ¿qué debo hacer?, ¿qué va a ser de mí? El sentido de la vida, insinuado en estas cuatro preguntas (ética), precede y prevalece sobre los modos, comportamiento y costumbres de la vida (moral). El ser y el sentido, el objetivo final y la perfección destinada a la vida humana y sentida por ella como necesaria, son las claves del comportamiento, de la acción y de la moralidad. Si anticipando lo que diremos después nos ponemos de acuerdo en comprender la ética como el proyecto de una vida buena, bajo el signo de la verdad, la perfección, la justicia y la felicidad, y de comprender a la moral como el conjunto de obligaciones determinado por las normas y prohibiciones, caracterizadas por una exigencia de universalidad y exigibles coactivamente¹⁰, entonces diremos que hay que recuperar la perspectiva para volver a pensar lo moral y las morales desde su raíz ética, como única forma posible de tener claridad y lograr radicalidad.

¹⁰ Cito la página siguiente de P. Ricoeur como clarificación conceptual y como referencia orientadora en las reflexiones que hago a continuación: «Faut-il distinguer entre morale et éthique? A vrai diré rien dans l'etymologie où dans l'histoire de l'emploi des mots ne l'impose: l'un vient du grec, l'autre du latin, et les deux renvoient à l'idée de moeurs (ethos, mores); on peut toutefois discerner une nuance, selon que l'on met l'accent sur ce qui est estimé bon ou sur ce qui s'impose comme obligatoire. C'est par convention que je réserverai le terme d'éthique pour la visée d'une vie accomplie sous le signe des actions estimées bonnes, et celui de morale pour le côté obligatoire marqué para des normes, des obligations, des interdictions, caractérisées a la fois par une exigence d'universalité et par un effet de contrainte. On reconnaîtra aisément dans la distinction entre visée de la vie bonne et obéissance aux normes, l'opposition entre deux héritages, l'héritage aristotélicien, ou l'éthique est caractérisée par sa perspective téléologique (de telos signifiant fin), et un héritage kantien où la morale est définie par le caractère d'obligation de la norme, donc par

Ser radical significa justamente pensar desde la raíz. Ser radicales en nuestra época equivale a ir más allá de las morales vigentes durante siglos, salir de la obsesión de los códigos y de las leyes, para redescubrir la dimensión moral constitutiva del ser humano, como quien está necesitado de una vida buena, de una perfección que impulsa todas sus acciones, de una justicia que le va en su respiración, de una libertad otorgada en religación a su historia como gloria y como peso de una felicidad definitiva. A eso que he designado como *ética* y es constitutivo de la vida, en cuanto humana, teniendo que ajustarse a la realidad y no sólo reaccionar a estímulos, en un ajustamiento que es justedad, justeza y justicia, es a lo que hay que volver la mirada, y en donde hay que enclavar todo discurso posterior, necesario, sobre la moral y las morales¹¹.

Intentamos descubrir la intencionalidad apuntada en nuestra frase más allá de su formulación dialéctica. Por supuesto que si no se vive no se podrá navegar, y en ese orden es necesario primero vivir para poder luego hacerse a la mar. Pero afirmar lo obvio es lo que no hace nunca un filósofo, sino exactamente lo contrario: afirmar lo más extraño para los no despertados, iniciados o ilustrados, que es sin embargo lo más evidente para quienes han despegado de los sentidos y del instinto, de la obviedad de la costumbre y de la aclimatación de sus ojos al territorio en que viven. El poeta en este caso dice que el hombre es tierra fija y mar abierto, vida teológica y vocación personal, *facticidad y libertad, realidad y proyecto, hecho y quehacer*. Lo primero (vivir) ya lo somos, y por tanto no es necesario esfuerzo ninguno para lograrlo porque nos está dado. Ya vivimos, pero en ello no se agota el hombre, más aún es sólo el comienzo po-

un point de vue déontologique (déontologique signifiant précisément devoir). Je me propose, sans souci d'orthodoxie aristotélicienne où kantienne, de défendre:

1. La primauté de l'éthique sur la morale.
2. La nécessité néanmoins pour la visée éthique de passer par le crible de la norme.
3. La légitimité d'un recours de la norme à la visée, lorsque la norme conduit à des conflits pour lesquels il n'est pas d'autre issue qu'une sagesse pratique qui renvoie à ce qui, dans la visée éthique, est le plus attentif à la singularité des situations. Commençons donc par la visée éthique». P. Ricoeur, *Ethique et morale*, en: Revue de l'Institut Catholique de Paris 34 (1990) 131-142 cit. en 131.

¹¹ Es mérito de Ortega y de Zubiri haber redescubierto la moralidad como intrínseca a la vida humana, haber diferenciado entre la moral como estructura y moral como contenido, sin separarlas abriendo un abismo infranqueable entre ellas. Cfr. J. L. Aranguren, *Ética* (Madrid: Alianza 1994) 47-56 (La realidad constitutivamente moral del hombre: moral como estructura); Id., *La ética de Ortega* (Madrid: Taurus 1966), J. Marías, *Tratado de lo mejor: La moral y las formas de la vida* (Madrid: Alianza 1995) 21-29 (La moralidad intrínseca de la vida humana); Juliana González, *El ethos destino del hombre* (Mexico: Fondo de Cultura Económica 1996).

sibilitador de su empresa de ser hombre. Ahí comienzan la tarea y la agonía, la gloria y la pesadumbre de existir. El hombre tiene por detrás sólo el fundamento necesario para pisar con un pie y lanzarse con el otro hacia adelante, como la paloma tiene la resistencia del aire y el atleta el trampolín.

Navegar ahora ya aparece como la constitutiva e inexorable tarea de tener que hacer la propia vida personal y colectiva, tras haber establecido fines y haber elegido medios; después de haber calculado las fuerzas propias además de reclamar refuerzos ajenos; haber clarificado con el pensamiento la propia vida, enseñoreándose de sus contenidos objetivos. Tal apropiación intelectual es la verdadera posesión real, anterior y más sagrada que la posesión volitiva, que es arbitraria o violenta cuando no va precedida por la luz del pensamiento¹². Navegar es decidirse a tomar la vida en propia mano en lo que tiene de dato cerrado y en lo que tiene de don abierto, sin ceder a un determinismo ciego ni a una hipotética libertad ingenua, como si fuera mi decisión la que instaura el mundo y la que deja fuera de ejercicio a los demás sujetos. Entre la arbitrariedad y el capricho por un lado y el cinismo o escepticismo por otro, corre la verdadera vida humana en su gloriosa y dramática condición: descubrir la propia vocación en un acto que es al mismo tiempo elegir en libertad y acertar con mi destino, tener que hacer y tener que hacerse en el mundo con los otros pero desde sí¹³.

¹² En esta perspectiva sitúa Ortega su batalla contra el capricho («El caprichoso es el que ha embotado su conciencia de lo necesario; por tanto, que desde luego ha renunciado a su auténtico ser. Por esta razón le combato». VI, 350) y su esfuerzo en favor del pensamiento: «El pensamiento no es la función de un órgano, sino la faena exasperada de un ser que se siente perdido en el mundo y aspira a orientarse... Yo necesito, pues, desenmascarar a este enigma circundante del que yo mismo formo parte: *saber* con quien trato y de quien depende mi vida; *conocer*, de una vez para siempre, los designios y conducta del mundo, porque sólo así puedo descubrir cual es mi auténtico quehacer en él». VI, 351-352. «En la medida en que yo pueda ser anti algo, yo he sido anti-intelectualista. A la hora de mi juventud imperaba en Europa un culto al intelecto que a mí me parecía idolátrico y de gran beatería. Pero es preciso reobrar hoy contra el vicio opuesto, renovando la fe no en el intelecto, que es un mero instrumento orgánico, sino en su empleo vital, en el pensamiento. Porque éste no es una destreza suntuaria, no es algo añadido a nuestra vida, que *únicamente es nuestra y es vida en la medida en que se arista con claros pensamientos sobre sí misma*. La vida del hombre sólo es cuando y en tanto que es suya, y el genitivo de objeto se hace posesivo... En este sentido va mi afirmación de que *es el pensamiento el señorío esencial del hombre sobre sí, y no la voluntad*. Este señorío es el que va perdiendo el hombre actual y nos produce la impresión de que se *infrahumaniza*». Ortega VI, 352.

¹³ «El hombre advierte en todo momento que no le basta con elegir, sino que tiene que acertar, esto es, que su libertad tiene que coincidir con su fatalidad. Reúne,

Navegar es salir de la tierra firme en que por naturaleza estamos apesentados, considerar que lo posible inmenso no supervisable ni dominable merece más la pena que lo conocido dominable, que ya no tiene para nosotros más enigmas ni promesas. Navegar es otorgar primacía a la libertad en riesgo frente a la espontaneidad segura; al peligro antes que a la seguridad; al que construye con el futuro por delante confiado a él antes al que se limita a las ya sabidas combinaciones del pasado. Navegar es ejercer la libertad, aceptando determinaciones y resistencias, fiado en la posibilidad de alcanzar una meta porque está seguro de que existe; y en cualquier caso porque se está convencido de que el empeño siempre merece la pena y el gozo, porque es acreditador de una profunda necesidad humana. Quien navega por alta mar, llegue a puerto en la otra ribera o tenga que regresar al punto de partida, ha logrado su premio. La recompensa a ciertos actos y formas de vida no les adviene de fuera, al final, sino les va acompañando desde el principio y revertiendo sobre la persona mientras van siendo realizados. La actividad superior tiene el fin en sí misma y no espera una obra o efecto resultante del hacer, que advenga al final¹⁴. Hay quehaceres que tienen su fin en sí mismos como el juego, el pensamiento, la vida misma, la oración, la poesía; mientras que otros tienden a un efecto que resulta de la actividad. Los primeros crean sentido, los segundos producen resultados. El hombre es verdadero como suma de gratuidad y de eficacia. Para la Biblia y para la filosofía el juego, «vivir jugando y jugando» es el ejercicio serio por excelencia tanto para los hombres como para Dios¹⁵. «*El premio de la virtud es ella misma*», decía Locke. «*El premio de la virtud es el honor*», decía Santo Tomás. «*La felicidad no es el premio de la virtud, sino la virtud misma*», decía Spinoza.

«Un velero navega a barlovento, cara al aire encrespado. No conozco mejor metáfora de la inteligencia humana. Navegar contra el viento es un triunfo de la inteligencia humana contra el determinismo. Ese barco está sometido a legalidades fragmentarias, el viento, las olas, las velas, el timón. Pero el navegante las ha unificado todas al marcar un rumbo. Tiene que saber mu-

pues, todas las ventajas del astro y del olímpico, del puro ser libre y del puro ser necesario. Tiene que descubrir cual es su propia, auténtica necesidad, tiene que acertar consigo mismo y resolverse a serlo. De ahí su consubstancial perplejidad. De ahí que sólo el hombre tenga "destino". Ortega y Gasset VI,350.

¹⁴ Aristóteles, *Ética* 1094a.

¹⁵ Proverbios 8, 27-31 Eclesiástico 32,15; Platón, *Las leyes* 803-804. Cfr. H. Rahner, *Der spielende Mensch* (Einsiedeln: Johannes Verlag 1960) cuyo primer capítulo se refiere al juego a Dios (Der spielende Gott) y el tercero a la Iglesia (Die spielende Kirche); R. Guardini, *El espíritu de la liturgia* (Barcelona: Araluce 1946) 137-158 (La liturgia como juego).

chas cosas, porque la realidad impone sus exigencias, pero tiene además que saber lo que quiere hacer con ella»¹⁶.

Esa es la gran cuestión: qué quiere hacer el hombre con su existencia en medio de la realidad en que ha sido implantado. La ética es el enigmático y axiomático secreto de la vida humana, que consiste en hacer lo que teóricamente es indemostrable e indeducible: pasar del haber al deber, de lo que es a lo que tiene que ser, de la inserción en lugar y tiempo a lo que excede tiempo y lugar; indagar las causas de la vida que la movilizan y lanzan hacia el futuro más allá de su implantación pacífica en la existencia; buscar fines y sentido a la existencia para que sea nuestra y buscarlos no en la arbitrariedad de una decisión que se atreve a fundar el mundo sino en el atenuamiento a lo que nos está dado, nos es propuesto y nosotros en la forzosidad de nuestra libertad tenemos que elegir: nuestra vocación, en la que consistimos, para la que valemos y en la que llegamos a ser aquello que constituye el primer anhelo, la suprema necesidad y el deseo más profundo de nuestro ser.

La vida personal incluye ese doble elemento de *decisividad*, en el sentido de decisión en libertad y riesgo, a la vez que de *objetividad* en ejercicio de razón y atenuamiento a los hechos. En nuestra relación con las realidades materiales, históricas e institucionales podemos y debemos atenernos a los que verificablemente hay. En cambio en nuestra relación con el Absoluto, con nosotros mismos, con el prójimo personal deciden el amor, la intuición, el querer, el elegir y el preferir desde la constitutiva ordenación del hombre a la Verdad, el Bien, la Belleza. Son razones derivadas del deseo, de la nostalgia de absoluto y de la vocación a la plenitud, que son las huellas del absoluto creador en el ser creado. Ante estas realidades hay que actuar decididamente, porque si no decidimos nosotros en libertad somos decididos por los hechos. La vida tiene una inexorable dimensión dramática: quien no elige también elige, y quien no actúa con actividad actúa con omisión. De ahí que tratándose de aquello que decide el destino del hombre, como es la vida en la verdad, Wittgenstein pueda decir: «Ética es lo que lo tras haber analizado todas las razones, se hace dando un paso hacia adelante». Por su parte Lutero afirma que de Dios sólo se puede hablar en aserciones, afirmaciones que dicen la realidad desde la decisión del hombre:

«Nada le es más conocido y familiar al Cristiano que las afirmaciones decididas. Elimina las aserciones y has eliminado el cristianismo... El Espíritu Santo no es un escéptico y no ha escrito en nuestros corazones meras opi-

¹⁶ J. A. Marina, «Contra el viento» en ABC Cultural 257 (1996) 61.

niones o dudas, sino aserciones que son más ciertas y más seguras que la vida misma y toda la experiencia»¹⁷.

Santo Tomás, partiendo de un realismo que identifica la naturaleza como creación a la vez que la reconoce impregnada de sentido por designio del Dios-inteligencia que se la otorga al hombre-inteligencia para que al penetrarla descubra a su Dios y se descubra a sí mismo, afirma que la necesidad profunda de un hombre, la voluntad de Dios para él y su real gana coinciden. Por eso todo el que ausculta hasta el fondo de su ser, sabe lo que necesita, lo que debe hacer y lo que Dios espera de él.

La última razón que Santo Tomás da es que la gloria de Dios emerge de la entraña misma de las creaturas. Atenerse a ella es descubrir a Dios y glorificarle es hacer justicia a esa entraña. La gloria de Dios y la gloria del hombre no son ni opuestas ni paralelas: Dios ha creado todo para manifestar su gloria y para fundar la gloria de los seres. La objetividad y autonomía de las cosas se da cuando reflejan e imitan la bondad de Dios, que las constituye y cualifica. Dios quiere el mundo por el mundo mismo¹⁸. De ahí que su búsqueda parta y se apoye siempre no en decisiones solemnes o heroicas arrancadas al mero deseo o voluntad sublime sino en atenimiento fiel a la parte de realidad divina que Dios ha comunicado a sus creaturas.

La ética se funda y permanentemente se enraiza en la constitutiva necesidad y ordenación del ser humano a la vida buena, al reconocimiento de la

¹⁷ «Non est enim hoc christiani pectoris non delectari assertionibus, imo delectari assertinonibus debet, aut christianus non erit». «Nihil apud christianos notius et coelebratius quam assertio. Tolle assertiones et christianum tulisti». Lutero, *Weimarer Ausgabe* 18, 603, 10-12. 28-29. «Absint a nobis christianis sceptici et academici, assint vero vel ipsis stoicis bis pertinaciores assertores». «Sine nos esse assertores et assertionibus studere et delectari, tu scepticis tuis et academicis fave, donec te Christus quoque vocaverit. Spiritus Sanctus non est scepticus, nec dubia aut opiniones in cordibus nostris scripsit sed assertiones ipsas vita et omni experientia certiores et firmiores». Id., 605, 30-35. Cfr. G. Ebeling, *Luther. Einführung in sein Denken* (Tübingen 1975) 280-309 (Luthers Reden von Gott).

¹⁸ «Deus autem creaturarum universitatem vult propter se ipsam, licet et propter se ipsum vult eam esse; haec enim duo non repugnant. Vult enim Deus ut creaturae sint propter eius bonitatem, ut eam scilicet suo modo imitentur et repraesentent; quod quidem faciunt in quantum ab eo esse habent et in suis naturis subsistunt. Unde idem est dictum, quod Deus omnia propter se ipsum fecit (quod dicitur Prov 16,4: «Universa propter semetipsum operatus est Dominus») et quod creaturas fecerit propter earum esse, quod dicitur Sap 1-14: «Creavit enim Deus ut essent omnia». Santo Tomás, *Quaestiones Disputatae. De Potentia* 5 a 4 in c (Turín-Roma 1942) 160.

realidad, a la existencia con el prójimo en solicitud y solidaridad, a la justicia, a la perfección y a la felicidad. Estos son los grandes motivos de la ética caracterizada como *teleología* (telos, fin), que viene de Aristóteles, Santo Tomás, Spinoza, y que descubre en el mismo hombre y en su hacer la anticipación de una realidad, que como luz, plenitud y llamada se le da, lanzándolo hacia el futuro para que el don se convierta en propia conquista. Junto a esta tradición tenemos en Occidente la herencia de Kant, definida más por su atención al comportamiento del hombre que por los fines a conseguir; por la obligación y la norma; en una palabra por el deber o *deontología* (dein, lo que hay que hacer). La herencia aristotélica se centra en la consideración de los grandes objetivos, fines y anhelos, necesidades y aspiraciones que laten en el corazón de la vida humana que así es comprendida como un *camino, proyecto, quehacer* desde un inicial saber de nuestra perfección añorada a una perfección conquistable. El hombre mismo, referido a sus determinaciones profundas, al prójimo en medio del que vive; a la naturaleza y a la historia, determina sus fines y así establece un sentido para la vida. Las normas, los medios, los códigos vienen en segundo lugar y si bien son absolutamente necesarios, para superar la arbitrariedad y la reducción a egoísmo de los proyectos morales, sin embargo no pueden presentarse a la conciencia humana como si ellos fueran lo esencial de la vida moral. En este sentido la ética es anterior-superior a la moral, ya que los medios se determinan siempre a la luz de los fines y los métodos a la luz de las materias que hay que comprender o exponer¹⁸.

Cuando la moral, y sobre todo las morales como concreción de normas y fijación de leyes para la acción humana, prevalecen en tal medida en la conciencia personal y en la conciencia social, hasta el punto de ser percibidas como fines, que acaban y comienzan en sí mismas, entonces surge el moralismo, que asfixia los dinamismos originarios del sujeto al no dejar a la persona descubrir la conexión objetiva de las normas con el resto de la vida. Los medios sólo son inteligibles a la luz de los fines, aun cuando tienen que tener también una interna, inteligibilidad y moralidad propias. La relación equilibrada entre fines y medios da la medida de la perfección moral de un hombre.

Pero puede acontecer algo todavía más grave: que desaparezcan del horizonte los fines últimos y sagrados de la vida humana, o que en un momento de la historia se establezcan fines tan contrarios entre sí que los sujetos no sepan a qué atenerse. Entonces surge el fenómeno más grave que le puede acontecer a la persona y a la sociedad: *la desmoralización*. Esta sobreviene cuando al no encontrar sentido último, fines convergentes y proyectos que merezcan poner todo en juego por ellos, en la seguridad de que con ellos se logra lo mejor de uno mismo y se alcanza la superación de las negatividades padecidas y la conquista de la posibilidades albergadas. Entonces el sujeto se queda sin la pujanza necesaria

para obrar. Está desmoralizado quien no sabe a qué atenerse, porque no sabe qué tiene y qué sostiene la existencia, qué me tiene a mí, si yo estoy atenido a alguien (religado,) y sí tengo que hacer algo para alguien (obligado). Un sujeto desmoralizado no es bueno ni malo, es algo peor: no es sujeto, ya que no tiene capaz de sub-poner, de someter la realidad a un objetivo. Entonces se deja someter y una vez sometido queda reducido a objeto. Este es el momento en que desiste de navegar y se reduce a vivir¹⁹.

La gran amenaza contemporánea se dirige contra el sujeto, al reducirlo a objeto, al saturarlo de informaciones, deseos y propuestas sin capacidad de discernimiento y de crítica, al intentar convencerlo de que la libertad se identifica con la espontaneidad, al proponerle la satisfacción inmediata de las necesidades anticipando la meta sin haber andado el camino, al querer convencerlo de que el esfuerzo es sólo algo negativo que se debe eliminar, al hacerlo cada vez más dependiente de la máquina, al ahorrarle el riesgo de elegir y preferir y al anestesiarlo ante los grandes enigmas de la vida humana. Todos los medios son humanos y fecundos en la medida en que provocan a un ejercicio más lúcido y sutil de la inteligencia, a un ejercicio más generoso de la libertad, a un servicio más cualificado al prójimo y al logro de un ocio, que permita a cada hombre tener más tiempo para lo esencial. El placer es conquistable, pero el gozo sólo puede ser acogido. La perfección y la felicidad son una meta que está dentro de cada uno y que no pueden ser adquiridas como productos exteriores sino como resultado de descubrimientos y conquistas propias, a la vez que de agradecimiento desde el interior y desde el Superior.

La extirpación de esos anhelos profundos del hombre es la semilla inmediata de la violencia, del resentimiento, del odio y del desamor. Se vengará de quienes, personal o colectivamente, le han despersonalizado, dejándole sin destino, sin quehacer y sin capacidad de realizar por sí mismo su vida. No es persona, al haber perdido su vocación. El hombre que no ha encontrado o ha perdido el sentido de la existencia sigue viviendo pero aún cuando ande suelto por el mundo se sentirá como si estuviera recluido en un campamento de refugiados, en una pensión para marginados o en un estanque dorado para la tercera edad.

¹⁹ «Avant toute consideration de la loi morale qui oblige, l' éthique s'enracine dans le désir de l'homme, dans son souhait de vivre bien et de rejoindre le pouvoir faire de la liberté. Cependant cette liberté n'est pas une intuition directe. Elle est attesté par oeuvres et une existence qui doivent être interprétées... L'éthique est d'abord désir de bien vivre avant d'être une collection de normes. Elle n'est pas separable d'une recherche ontologique et d'une appropriation des sciences humaines». A. Thomasset, *Une éthique a l'école de Paul Ricoeur*, en: *Etudes* 4 (1996) 351-360 cita en 353.

Entonces ha quedado sin posibilidad de adentrarse por mar abierto. Vive pero no navega. Esta reflexión nos lleva a la segunda parte de nuestra exposición: ¿Cuáles son las necesidades de la vida humana, a la luz de las cuáles descubrimos lo que podemos, debemos y anhelamos hacer como forma de nuestra plenitud y con cuya extirpación, desoyéndolas o renegando de ellas, no cultivándolas o organizándolas en forma falsa, degradamos la vida a mera pervivencia animal?

III. ¿CUÁLES SON LAS NECESIDADES HUMANAS FUNDAMENTALES? RELACIÓN ENTRE NECESIDADES, OBLIGACIONES Y DERECHOS

La reflexión anterior nos ha mostrado que el ejercicio de la libertad en la realización de un proyecto de algo que aparentemente no es necesario para subsistir es tan esencial como proveer a los medios de subsistencia. Ese arriesgo en algo que responde a una necesidad, que desde el punto de vista biológico aparece como secundaria nos ha resultado ser humanamente primario. Ello nos lleva a preguntar: ¿Cuáles y cómo son las necesidades humanas? ¿Qué organización vige entre ellas de forma que podamos integrarlas a todas y desde su realización surja una vida buena, que tenga dignidad y sea generadora de gozo para el propio sujeto y estima para los demás?

Entre las múltiples definiciones posibles, que desde la antropología, ética, sociología o economía se pueden dar de *necesidad humana* citamos las palabras siguientes de Ortega: «Llamo necesidad humana a todo aquello que, o es sentido como literalmente imprescindible —esto es, tal que sin ello creemos no poder vivir—, o que, aunque podamos de hecho prescindir de ello, seguiríamos sintiéndolo como un hueco o defecto que había en nuestra vida. Así: comer es una necesidad literalmente imprescindible. Pero ser feliz, y ser feliz de cierta precisa manera, es también una necesidad. Claro es que no lo somos, esto es, que de hecho prescindimos de la felicidad y vivimos infelizmente, pero —¡ahí está!— la sensación de necesitarla perdura siempre activa en nosotros. Se dirá que el ser feliz no es una necesidad sino un mero deseo. En efecto, lo es; pero esto nos revela que mientras muchos de nuestros deseos son sólo deseos —por tanto algo de que por completo podemos prescindir sin que esta renuncia deje un muñón, una amputación, un vacío en nuestra vida—, hay otros deseos de que como *deseos*, no podemos prescindir, esto es que aunque de hecho tengamos que re-

nunciar a satisfacerlos, a la realidad que ellos desean, a deseárselos, no podemos prescindir, aunque queramos. Por eso exigen que los llamemos necesidades.²⁰

Podemos por tanto comprender las necesidades como menesteres, impulsos o fuerzas motivadoras, suscitadas por una carencia, tensión, desequilibrio o apetencia que mueven al sujeto a realizar unas acciones que llenen ese vacío, descarguen esa tensión, recuperen el equilibrio anterior, y logren el objetivo anhelado. Tenemos por consiguiente, un doble elemento: por un lado la carencia, posibilidad o impulso existentes en la persona y por otro la percepción, respuesta y acción del propio sujeto, o bien de la sociedad, del grupo o de las otras personas, en orden a corresponder a aquella disposición carencial o potencial. Para que exista una necesidad real y universal deben unirse ambos elementos: el elemento objetivo de la carencia-potencia y el subjetivo de la percepción y universal, ya que puede existir una carencia o posibilidad objetiva que el sujeto no descubre, o por el contrario puede haber un sentimiento subjetivo de carencia que no constituye una determinación fidedigna de la necesidad humana²¹.

La necesidad es un menester, algo de lo que no podemos prescindir para ser en plenitud; realidad exterior o realización interior, ocasional o permanente, mediante las cuales el sujeto humano se mantiene siendo, realiza por sí lo que inicialmente es, responde a su vocación y cumple su misión. El hombre está a medias de su camino de humanidad y sólo llega a sí mismo y es hombre en cuanto que responde a las determinaciones originarias y recibe del exterior las posibilidades y medios necesarios para ser sí mismo, perdurar como hombre y realizar su vocación. La existencia humana, vista desde la euforia moderna respecto de la autonomía, superioridad y egocentrismo, resulta un extraño enigma ya que el hombre está originariamente constituido y permanentemente determinado por la alteridad y la referencialidad. Se es hombre desde la dualidad de hombre y mujer, desde la dualidad de yo y tú, de individuo y sociedad, de persona y Absoluto. Al hombre para ser sí mismo le es necesario lo otro, los otros y el Otro.

Si miramos a las lenguas más cercanas de nuestro entorno, encontraremos dos palabras significativas para decir esta realidad ética de la que venimos hablando. La palabra francesa correspondiente a «necesidad» es *Besoin* y la alemana *Bedürfnis*. Ambas refieren el hombre a lo que tiene por delante, consi-

²⁰ *Principios de metafísica*. Curso dado en la Universidad de Madrid 1933. Obras V, 225; XII, 18-19 (Unas lecciones de metafísica); VII, 324 (¿Qué es filosofía?).

²¹ Cfr. L. Doyal - I. Gough, *Teoría de las necesidades humanas* (Madrid: Crítica 1994) con bibliografía completa en perspectiva social, económica y sanitaria.

derado como tarea en un caso y como posibilidad o permiso en otro. *Be-soin*, se forma del sustantivo *Soin*: cuidado, interés, esmero, solicitud; y del prefijo *Be*: por algo, sobre algo, hacia algo, al lado de algo²². *Be-dürfnis*, se forma del sustantivo o verbo: *Dürfen*: poder, estar permitido, tener autorización, serle posible a uno hacer algo. Igualmente el *Be* es un aumentativo, apoyativo respecto de aquello que hay que hacer. La vida que tenemos por delante, consiguientemente está a nuestro cuidado y es una posibilidad otorgada. La solicitud nuestra y el don previo forman la entraña de la vida.

La ética es la correspondencia personal a ese cuidado que el hecho mismo de vivir implica, y la respuesta a ese permiso, don y encargo que ella entraña. Vivir en ese sentido es la primera necesidad, más no en el sentido mínimo de luchar por perdurar sino por hacer con esmero la obra de la vida; obra que no hemos arrebatado a nadie sino que se nos ha otorgado y tenemos que modelarla con el interés de quien ha recibido encargo y poder para ello. La primera necesidad humana es, por tanto, vivir en este sentido originario y profundo. El esmero que ponemos en hacer la vida bien hecha, por forjarla bella, en referencia respetuosa a la de los demás, como quien la estrena cada vez y de ella tiene que dar cuenta y razón, a quien se la encargó, eso es originariamente la ética. Ese saber y poder originarios nos dan moral para asumir el compromiso. Moral en este caso significa pujanza, confianza interior y fuerza exterior para realizar en el curso de cada día el encargo recibido, perdurando en él y consumándolo.

Si ahorauviéramos que analizar con rigor cuales son las necesidades humanas concretamente tendríamos que elaborar una antropología metafísica primero, una antropología histórica después y finalmente una antropología social. Tendríamos que responder así a tres preguntas: ¿Qué es incoactivamente el hombre y qué le impulsa a perdurar, construirse a si mismo y consumarse en plenitud? ¿Qué menesteres y posibilidades tiene cada hombre, determinadas por su peculiar vocación o por su biografía e historia, que ya forman parte de su ser? ¿Qué anhelos, huecos y objetivos han aparecido a lo largo de la historia humana, que forman ya parte del acervo de posibilidades, como carencias sufridas o como metas anheladas? Lo universal humano y lo particular de cada individuo, los principios morales generales y los imperativos particulares fundarán así las necesidades básicas concretas de cada vida.

²² •Besoin. Rad de *soin*, et *bi*- "aupres". Significado: Appétence, appétit, désir, envie, exigence, faim, gout, nécessité, soif. *Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française. Le petit Robert* (Paris 1979) 178.

En el primer caso tendríamos que definir al hombre. Cada una de las definiciones pondría en primer plano unas u otras necesidades. Podemos decir que es un ser vivo; que es un animal, racional, político y mortal; que es alma y cuerpo; que es cuerpo, alma y espíritu. Cada uno de estos tres elementos, dimensiones o relaciones, lleva consigo unos impulsos, carencias, posibilidades, dinamismos, que si no son correspondidos dejarán al hombre incompleto e irrealizado. A la luz de esto podremos hablar de necesidades materiales, morales, intelectuales, espirituales, si consideramos al hombre en perspectiva individual. Pero podremos hablar también de necesidades biológicas, económicas y sociales. Hablar por tanto de necesidades equivale a hablar de objetivos a alcanzar, de posibilidades iniciales a realizar, de daños o malogros a evitar.

No es este el lugar para entrar a las cuestiones de fondo que aparecen aquí: ¿Hay necesidades naturales, universales y esenciales a todos los hombres? Y si las hay, ¿cómo se las reconoce y quién responde a ellas? ¿Qué suponen en quien las tiene y qué exigen de los demás? ¿Qué valor tienen las necesidades históricamente condicionadas y externamente suscitadas con anterioridad a la decisión del sujeto? ¿Cual es por tanto el último fundamento de ellas: la biología, la historia humana general, la peculiar experiencia de cada hombre, el contexto político o el entorno social en que cada uno vive? Vista la situación humana a la altura de nuestro tiempo, ¿cuales son las necesidades básicas y universales, que pertenecen ya a los derechos inalienables de todos los hombres, más allá de contextos culturales, regímenes políticos o formas de vida religiosa? Respondiendo de forma muy simple diríamos que las necesidades básicas son: *la salud física y la autonomía personal*, con todo lo que cada una de ella presupone como condición previa y exige como realización consecuente hasta un límite, difícilmente fijable²³.

Si una y otra son universales, sin embargo, los bienes y servicios, actividades y relaciones que las defienden, favorecen y conducen a su logro difieren considerablemente en cada cultura. Elaborar una teoría de las necesidades humanas.

Puede ser tarea tan propia de un economista como de un metafísico. El uno no puede elaborar su proyecto sin atender al del otro y menos presuponiendo un hombre que hubiera sido previamente desollado de la otra mitad de su ser, olvidando que el mismo hombre que come piensa o que el que se preocupa de las últimas cuestiones personales es el mismo que ahorra y gasta. El

²³ Cfr. L. Doyal - I. Gough, l.c.219-242.

hombre necesita respirar y esperar; necesita pan y sentido para ser hombre²⁴. Las instancias que responden a esa necesidad primaria son distintas, pero el sujeto que las padece o las disfruta es el mismo. La cultura general de un país se convierte en mediación distributiva del interés o primacía que se otorgarán a una u otra de estas necesidades y a los satisfactores correspondientes. La economía y la política de ese país están determinadas por las necesidades que reclaman los ciudadanos y por el orden con que las reclaman.

Entro ahora a un aspecto del problema que parecería secundario y sin embargo es central para nuestra cuestión: la relación entre *necesidades, obligaciones y derechos*, que se convierte en el problema primordial de la sociedad contemporánea. Esta, al no saber discernir cuales son las necesidades, los valores y los ideales fundamentales, no explícita en su legislación lo que son sus fundamentos ni educa desde ellos a los ciudadanos, quedándose sin capacidad para defender derechos fundamentales, y a merced por tanto de los diversos poderes: militares, democráticos o económicos que imponen valores, bienes y objetivos morales a quienes en cada momento ejercen el poder²⁵. La despari-

²⁴ El marxismo humanista, y dentro de él como figura máxima E. Bloch, se ha percatado de que es más fácil alimentar al hombre que dar sentido a su vida, que esperar es tan esencial como respirar, y que el sólo objetivo de transformación de la sociedad no calma a la suprema pregunta y anhelo del hombre. A esta preocupación responde su obra fundamental: E. Bloch, *El principio esperanza* I-II (Madrid: Aguilar 1975). Cfr. J. L. Ruiz de la Peña, *Muerte y marxismo humanista. Aproximación teológica* (Salamanca: Sígueme 1978).

²⁵ Quienes han pensado más a fondo las condiciones de perduración fecunda de la democracia han comprobado que un país que no cultiva valores fundamentales termina quedándose sin posibilidad de defender derechos fundamentales y a merced de un individualismo exacerbado que provocará primero la anarquía y luego una reacción de autoritarismo violento. Cfr. H. Schmidt, H. Kohl, W. Maihofer, *Grundwerte in Stadt und Kirche*, en: Herder-Korrespondenz 306, 1976) 356-360; W Pan-nenberg, *El hombre y Dios en la sociedad a finales del siglo xx*, en: M. Ureña-J. Prades (Ed.), *Hombre y Dios en la sociedad de fin de siglo* (Madrid: Universidad de Comillas 1994) 91-92: «Existe ya hoy una tendencia hacia una creciente anarquía, pues el principio de la autorrealización del individuo —el libre desarrollo de su personalidad— se está transformando en el derecho fundamental básico de las sociedades seculares occidentales cuya delimitación por las normas morales y los derechos de los demás es cada vez menor. La tolerancia es, cada día más, la virtud principal de la convivencia social; las llamadas a la tolerancia de los ciudadanos son cada vez más frecuentes. Se trata más bien de indiferencia que de tolerancia, porque el concepto de tolerancia presupone la vigencia de normas que se están haciendo cada vez más dudosas en la sociedad pluralista actual. De este modo surge el peligro de una evolución hacia la anarquía de la conciencia moral e igualmente de la conducta social. Esta anarquía puede ser dominada por formas dictatoriales de gobierno. Quisiera ver el futuro de Europa preservado de esta evolución».

ción de un fundamento ético para el derecho y consiguientemente para la política, es el primer problema del siglo xx, ya que todo está pendiente (la vida, la muerte, la verdad, la belleza, la moral, la esperanza) de lo que se vaya convirtiendo sucesivamente en ley, tras haberse convertido previamente en opinión, suscitada, cultivada e implantada en las conciencias por el poder establecido y que hoy dispone de tales medios de influencia y persuasión indirecta, que se puede democráticamente convertir en señor de la verdad y dictaminador de las necesidades humanas primordiales.

La ética es, por consiguiente, la determinación, esclarecimiento y articulación orgánica con el resto de la realidad y sistemática en sí misma, de esas necesidades constitutivas de todo hombre que fundan las obligaciones en los demás y a partir de las cuales nacen los derechos del individuo. La noción de obligación es anterior a la de derecho y tiene primacía sobre ella ya que un derecho que no va precedido de un sentido de obligación objetiva, la cual a su vez no es reconocida por nadie, carece de fundamento seguro. Los derechos están ligados a ciertas condiciones, mientras que las obligaciones son incondicionadas, aun cuando la forma de corresponderlas admita variaciones. Las situaciones de hecho sólo pueden suscitar obligaciones, cuando arraigan y remiten a ordenes de realidad radicados en la entraña misma de la vida y, por tanto, tienen una dimensión sagrada y eterna, que responde al destino mismo del hombre. Ese destino y valor eterno del hombre son los que imponen un respeto absoluto y suscitan en el que lo contempla una obligación a la que como hombre no se puede sustraer.

Simone Weil a quien estoy intentando sintetizar en este momento, habla de ese respeto primordial y de esa justicia aún sin nombre, que fundan la vida buena y reclaman validez universal, aun cuando todavía no se hayan articulado en normas positivas.

«El hecho de que un ser humano posee un destino eterno no impone nada más que una obligación: es el respeto. La obligación no se cumple más que si el respeto se expresa de una manera real y no fingida. Esto no puede ocurrir nada más que a través de las necesidades terrestres del hombre. La conciencia humana no ha variado jamás sobre este punto. Hace miles de años, los egipcios pensaban que un alma no puede ser justificada después de la muerte si ella no puede decir: “No he dejado a nadie pasar hambre”. Todos los cristianos se saben expuestos a escuchar un día de la boca de Cristo estas palabras: “Tuve hambre y no me diste de comer”»²⁶.

²⁶ S. Weil, L. *Enracinement. Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain* (Paris: Gallimard 1949) 13. Trad. española: Echar raíces (Madrid: Trotta 1996).

La lista de las obligaciones para con el ser humano se elabora a la luz de las necesidades vitales, por analogía con la primera, que es el hambre. En este sentido hay necesidades tan vitales en el orden moral, espiritual y religioso, como en el orden físico. Esas necesidades tienen que ser cuidadosamente diferenciadas de los deseos, los caprichos y los vicios. Es necesario discernir lo esencial de lo accidental y la respuesta objetiva, que se da a tales necesidades, de los métodos por los que cada pueblo y cultura las responde. Es necesario sobre todo distinguir lo que son alimentos para esas formas de hambre primordiales de lo que son venenos.

S. Weil establece la lista de necesidades primordiales, que suscitan obligaciones primordiales y que, reconocidas por unos sujetos, fundan los derechos primordiales de los otros, con garantía de que siempre serán respetados. Introduce su texto con una afirmación sobrecogedora: «Quien para simplificar los problemas, niega ciertas obligaciones, ha concluido en su corazón una alianza con el crimen»²⁷. Recuerdo que el libro está escrito en Londres en 1943, mientras trabajaba con los equipos del General de Gaulle frente a la invasión alemana. Este libro, con título tan significativo: «El arraigo», con su reverso el «desarraigo» se comprendía a sí mismo como preludeo a una declaración de deberes respecto del ser humano.

Esas necesidades vitales del alma humana son: el orden o la belleza, la libertad, la obediencia, la responsabilidad, la igualdad, la jerarquía, el honor, el castigo, la libertad de opinión, la seguridad, el riesgo, la propiedad privada, la propiedad colectiva, la verdad. Para S. Weil estas necesidades, con las obligaciones que de ellas se siguen, son incondicionadas en sí aun cuando sean condicionales las formas de responderlas. La medida en que una sociedad y una cultura las responde da la medida del progreso y dignidad humana, que han alcanzado:

«Esta obligación no tiene un fundamento, sino una verificación en el acuerdo de la conciencia universal. Queda expresada en algunos textos escritos más antiguos que se nos han conservado. Ella es reconocida por todos en todos los casos particulares donde no es combatida por los intereses o las pasiones. Y con relación a la aceptación y respuesta a esa obligación es como se mide el progreso»²⁸.

Una cultura y una sociedad pueden atender a la mayoría de las necesidades humanas, pero pueden también obtener unas y otorgar una primacía

²⁷ Id, 10-18.

²⁸ Id, 18-19.

tan absoluta a otras que no dejen margen para integrar a las demás. Pueden, incluso llegar por el silencio impuesto sobre las palabras, y por la postergación de instituciones o actividades, a hacer olvidar momentáneamente otras necesidades que son igualmente básicas. Pueden finalmente excitar, concitar y provocar a poner en el primer plano el que una necesidad sea saciada con primacía absoluta respecto de las demás, negando dignidad personal o social y oportunidades económicas a quienes no se comporten de la dictada forma desde el poder. La vida entonces rompe el equilibrio, que le es esencial, entre las necesidades mediatas, que llegan desde fuera como forasteras y extrañas y las necesidades inmediatas o las que tienen sus raíces en la propia experiencia personal, en el saber fundamental que la vida vivida otorga o en la misión particular a la que uno ha sido llamado.

IV. ¿QUÉ TIENE PRIMACÍA EN LA VIDA DEL HOMBRE: ¿EL FIN COMO META (ÉTICA DE PERFECCIÓN) O EL DEBER COMO CAMINO (MORAL DE OBLIGACIÓN)? TELEOLOGÍA VERSUS DEONTOLOGÍA

El descubrimiento y respuesta a esas necesidades humanas primordiales, tanto las de la propísima vida personal como las que nos nacen de la solidaridad comunitaria y del destino histórico, fundan la dignidad moral de una vida. Entonces se da la ética como voluntad de vida en la verdad, como deseo de estar en la justicia y como quehacer en correspondencia objetiva a lo que nos está dado, en el doble sentido del termino como dato y como don. La sucesiva obturación personal o social de muchas de esas necesidades básicas, fácilmente realizable porque su exigencia es silenciosa, empobrece el suelo vital, deja a la ética sin fundamento y al final quedamos reducidos a tener que orientarnos sólo por códigos morales, en los que estamos tentados a percibir sobre todo la exterioridad, la imposición y la coacción. La moral entonces ha desnaturalizado y destruido a la ética. Sin esta nos quedamos desmoralizados, porque la exigencia sin el don que la funda y el deber, que no aparece como enriquecedor, terminan siendo sentidos como violentos y al final son rechazados.

Una de las funciones primordiales de la ética es la diferenciación y jerarquización de las necesidades, obligaciones y derechos. Siendo todo debido

al hombre, no todo le es conveniente ni necesario al mismo tiempo ni en la misma forma. El vivir no es un conglomerado de acciones, como el cuerpo no es un conglomerado de órganos y la sociedad no es un conglomerado de personas. La vida es funcionamiento, el cuerpo es un organismo, la sociedad es un sistema. Así la ética tiene que diferenciar, articular y jerarquizar valores, ideales e imperativos. El hombre tiene que descubrir sucesivamente las necesidades humanas generales, las suyas biográficas como persona con una misión y las históricas circunstanciales. Tiene que ordenarlas, otorgándoles a cada una la importancia que le corresponde según su rango. No porque unas griten con mayor timbre de voz, son por ello más esenciales. El hambre de alimento material grita con voz más potente; el hambre de verdad tiene un timbre de voz más bajo; pero no por ello el alimento que ésta reclama es menos necesario. Ortega nos recordó que lo más esencial a la vida personal es lo más respetuoso y tímido a la hora de exigir, que el hambre de comer y la sed de beber son psicológicamente más fuertes y tienen más energía bruta psíquica que el hambre y sed de justicia; que la idea no puede luchar frente a frente contra el instinto²⁹. La verdad y la belleza no aparecen como necesarias para pervivir biológicamente, ya que se puede seguir viviendo en la mentira y en la fealdad, pero cuando el hombre queda sin el alimento de la una y de la otra, a la larga desfallece como ser espiritual y muere como persona.

La libertad del hombre se expresa como distancia a las necesidades superficiales, externamente introyectadas o socialmente impuestas, a la vez que como afirmación de las necesidades interiores, sobre todo de aquellas que quizá no encuentran eco social ni aplauso público. La independencia, la *ataraxia* y *apatheia* de los viejos estoicos se prolonga en la actitud cristiana de los santos que han sabido descubrir que se es más hombre en la medida en que se está a merced de menos necesidades y se contenta uno con menos realidades externas. El propio hecho de existir en la verdad y en la justicia es lo que funda nuestra dignidad humana. San Francisco repetía: Yo necesito poco y esto lo necesito muy poco» frase que trascibe Ortega varias veces en sus obras³⁰. El culmen de este descubrimiento lo encontramos en las palabras de Jesús, dichas a Marta: «De una sola cosa tiene necesidad el hombre»³¹. El mismo filósofo ha comentado con simpatía y penetración este diálogo de Jesús con Marta y María poniendo en conexión la vieja afirmación de Plutarco según la cual es más necesario navegar que vivir y subrayando cómo al hombre le es tan esencial lo superfluo como lo ma-

²⁹ *¿Qué es filosofía?* (1929). Lección VI.

³⁰ Id., 12.

³¹ IV, 547. Cf. Lucas 10, 42.

nifistamente necesario, porque vive en la medida en que ejecuta su dinamismo de ser espiritual haciendo su vida.

«La empresa, pues, parece loca. ¿Por qué intentarla? No fuera más prudente excusarla —dedicarse no más a vivir y prescindir del filosofar? Para el viejo héroe romano, por el contrario era necesario navegar y no era necesario vivir. Siempre se dividirán los hombres en estas dos clases, de las cuales forman la mejor parte aquellos para quienes precisamente lo superfluo es no necesario. En el pequeño patio de Oriente se alza dulce y trémula, como un surtidor de fontana, la voz ungida de Cristo que amonesta: «Marta, Marta — una sola cosa es necesaria». Y con ella aludía, frente a Marta hacendosa, a María amorosa y superflua».

«¿Por qué no contentarse con vivir y excusar el filosofar? Si no es probable el logro de su empeño, la filosofía no sirve de nada, no hay necesidad de ella. Perfectamente; más, por lo pronto, es un hecho que hay hombres para quienes lo superfluo es lo necesario. Y recordábamos la divina oposición entre Marta utilísima y María superflua. La verdad es —y a esto aluden últimamente las palabras de Cristo— que no existe tal definitiva dualidad y que la vida misma, inclusive la vida orgánica o biológica, es, a la postre, incomprendible como utilidad; sólo es explicable como inmenso fenómeno deportivo»³².

La vida ha alcanzado su dignidad y verdad supremas, cuando descubre esto único necesario, que funge no como palanca excluyente del resto sino como quicio en torno al cual todo lo demás gira, encontrando su lugar y aportando su colaboración. Cuando una cultura padece el olvido de lo esencial, el primer imperativo es hacer memoria de ello. En nuestro caso esto significa que la vida se organiza de dentro hacia afuera; va del descubrimiento de lo esencial personal al descubrimiento de lo esencial social, del descuido por lo transitorio y efímero, por más eco social que tenga, al cuidado por la vida buena como verdad, belleza y justicia, asumida como quehacer y sostenida como vocación. Eso es la ética.

³² Ortega y Gasset, *¿Qué es filosofía?* (1929), Lecciones IV y V - La vida es una posibilidad antes que una necesidad. «El hombre tiene la experiencia de que la vida no consiste sólo en lo que hay, sino que crea, que saca de sí misma nuevas realidades, que la vida, por tanto no se define exclusivamente por sus necesidades sino más aun que en estas y, desbordándolas, consiste en abundantes posibilidades. El vocablo se nos ha impuesto sin requerirlo; la vida es abundancia, término que expresa la relación hiperbólica entre las posibilidades y las necesidades. Hay más cosas, más posibles haceres que los que se necesitan». Ortega IX, 415.

La era moderna a partir de Kant dio por supuesto la destinación del hombre a la perfección, a la felicidad, al bien tal como lo habían propuesto los grandes pensadores desde Aristóteles a Santo Tomás. El descubrió una nueva dimensión de la vida: el deber, la obligación³³, los imperativos categóricos, que orientaron la mirada del *qué hacer* al *cómo hacer*, estableciendo las condiciones para que la acción en búsqueda del bien no se confundiera con el capricho, la arbitrariedad o la violencia. El sujeto era sometido a la prueba de fuego de la exigencia en sí misma y por sí misma, para liberarlo del señuelo de la propia afirmación o egoísmo, por el que identifica la verdad y la justicia con sus intereses. Genial estrategia de depuración y purificación que desemboca en la autonomía de lo moral frente al sujeto y en la autonomía del sujeto por su reducción a la exigencia moral. Así nacen los dos imperativos:

«El imperativo categórico es, pues único, y es como sigue: obra sólo según una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que se torne ley universal». «El imperativo práctico será, pues, como sigue: obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca solamente como un medio»³⁴.

Toda ética para salir de la ingenuidad del hipotético inocente y no sucumbir al fanatismo o a la utopía del violento tiene que tener el coraje de pasar por el cedazo de las normas morales concretas. Esta consideración moral tiene que hacerse a la luz de una reflexión metafísica, de la memoria histórica, y de las ciencias positivas, en un diálogo abierto que no cesa y tendente al encuentro de una verdad que, siéndonos desde siempre conocida, vamos descubriendo cada vez más cercanamente. La moral tiene también su historia. De ella tenemos que predicar tanto la universalidad como la historicidad hasta el punto de que podríamos hablar de unos universales morales en camino, universales incoativos³⁵, que nos van ayudando a descubrir lo que está implicado en ciertas exi-

³³ «Deber y obligación (Shuldigkeit) son las únicas denominaciones que nosotros debemos dar a nuestra relación con la ley moral». *Crítica de la razón práctica*. Cap. III (Trad. de E. Miñana - M. García Morente. Salamanca: Sígueme 1994. Pág. 106. Véase en 110 esa especie de himno al deber hecho de exclamaciones e interrogaciones.

³⁴ *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Cap II. Cfr. (México: Porrúa 1986). Pág 39, 44-45.

³⁵ Consciente de las exigencias de universalidad de lo humano a la vez que del peso de las culturas particulares, con su carga de exotismo y humanidad, escribe Paul Ricoeur: «C'est seulement une longue discussion entre les cultures, discussion a peine commencée, qui fera paraître ce qui mérite vraiment d'être appelé universel.

gencias absolutas y cómo se conjugan con exigencias que, pareciendo también absolutas, sin embargo orientan en otra dirección.

La ética, por tanto, no puede ser pensada en el vacío histórico ni en una perspectiva abstracta e intemporal sino de forma concreta, aceptando el envite de la realidad concreta, que unas veces espera e integra mientras otras veces desconoce los grandes ideales éticos. Pero tampoco puede quedar a merced de una reducción a técnicas, códigos y prohibiciones que nunca agotan todo el dinamismo del sujeto moral ni el sentido, finalidad y perfección implicados en la vida humana. Cuando prevalece el moralismo sobre la ética surgen la desesperanza, la desmoralización y el escepticismo respecto de la posibilidad de vivir una existencia moral, que haga justicia a la vida. Hay una sabiduría práctica que nos obliga a ir de la ética a la moral y de la moral a la ética, en una creación continua de puentes entre la universalidad del deber y los límites de la vida individual, entre la pequeñez concreta de lo que cada día y cada vida realizan y la anchura engrandecedora de la existencia, destinada a la perfección, la felicidad y la belleza.

CONCLUSIÓN

Después de lo dicho ya será patente que navegar es necesario para el hombre, convirtiéndosele en su gozoso, doloroso y glorioso quehacer, mientras que el vivir le está ya dado sin más por Dios. Navegar es descubrir y asumir las necesidades humanas fundamentales. Navegar es mantener esas necesidades en alto con toda su complejidad frente a los intentos de imponer silencio sobre ellas, de reducirlas a las que son evidentes fisiológica, biológicamente o socialmente. Navegar es coordinar esas necesidades que fundan obligaciones fundamentales, que suscitan deberes concretos y que, por tanto, construyen el suelo

*Inversement, nous ne ferons valoir notre prétension à l'universalité que si nous admettons que d'autres universaux en puissance sont aussi enfouis dans des cultures tennes pour exotiques. Une notion, paradoxale je l'avoue, se propose, celle d'universaux en contexte ou d'universaux potentiels ou inchoatifs. Cette notion rend le mieux compte de l'équilibre ref l'échi que nous cherchons entre *universalité* et *historicité*. Seule une discussion au niveau concret des cultures pourrait dire, au terme d'une longue histoire encore à venir, quels universaux prétendus deviendront des universaux reconnus.* P. Ricoeur, I.c. 139-40.

sobre el que únicamente una sociedad puede proteger y defender los derechos. Navegar es redescubrir lo más esencial entre lo esencial, para que la vida tenga orgánicamente un quicio en torno al cual todo gire y sepa de aquel personal origen y destino, que constituyen su fin y su sentido. También aquí es necesario iniciar una segunda navegación: aquella que nos lleva de la tierra que pisamos aparentemente firme, a alta mar, en la que la libertad descubre la existencia como quehacer y proyecto, apunta hacia un puerto y busca los medios para que el barco sortee peligros y alcance su meta.

Espero que la frase con que he iniciado estas reflexiones ahora ya no merezca al lector una sonrisa y que, sin desprestigiar las normas morales, sea patente que el proyecto ético y la forzosidad con que el hombre libre le responde son los primeros elementos constituyentes de la vida humana no adheridos después ni desde fuera. La ética es la asunción de la vida como proyecto razonable e ilusionado, orientando su rumbo y cuidando de que ninguna asechanza ni tormenta ajena la alejen de su meta. Nace de aquella mezcla de pensamiento, imaginación e ilusión, de saber y sospechar, que nos lanzan a la aventura del descubrimiento y de la conquista, que ensanchan nuestra finitud acercándola al inmenso mar de la realidad y del Misterio. Necesidad e ilusión se suman en este sentido y desde ahí es manifiesto que lo primordial no es el deber sino la ilusión, y que sólo reforzándose uno y otra, como un pie avanza tras el otro pie, alcanzará el hombre el puerto de su destino³⁶.

Ya dijo Platón que la cuestión primordial de la vida es como vivir con sentido, ya que estamos forzosamente emplazados en ella³⁷. Aristóteles nos colocó ante el bien y la perfección como meta de nuestro destino: «Si existe algún fin de nuestros actos que queramos por él mismo y todo lo demás por él... Es evidente que ese fin será el Bien y la Perfección (=lo Bueno y lo Mejor)»³⁸. Quien de verdad conoce el fin, encontrara los medios para alcanzarlo y quien tie-

³⁶ «Hay que examinar esta cuestión más a fondo, puesto que no se trata de resolver sobre algo intrascendente, sino nada menos que acerca de cómo es preciso vivir. *La República* I, 351, en *Obras Completas* (Madrid: Aguilar 1966) 694.

³⁷ *Ética a Nicómaco* I,2,1094a. Trad. M Araujo y J. Marías (Madrid: Centro de Estudios Constitucionales 1994) 1. Pág. 1.

³⁸ «Mi tema es la ética y adoptaré la explicación que de este término ha dado el profesor Moore en su libro *Principia ética*: «La ética es la investigación general sobre lo bueno»... En lugar de decir que la ética es la investigación sobre lo bueno, podría haber dicho que la ética es la investigación sobre lo valioso o lo que realmente importa, o podría haber dicho que la ética es la investigación acerca del significado de la vida o aquello que hace que la vida merezca vivirse, o de la manera correcta de vivir». L. Wittgenstein, *Conferencia sobre ética* (Barcelona- Ediciones

ne una razón para ir a algún sitio indefectiblemente encuentra el camino para llegar. La ética es el estudio del fin y del sentido de la vida humana³⁹. La moral es la fijación de los medios que conducen a ese fin, de las normas o baremos que regulan nuestros actos, y que a la luz del objeto, del sujeto, de las circunstancias y de los resultados, lo califican como buenos o malo.

Paidós 1965) 34-35. Wittgenstein ve surgir la ética de tres experiencias primordiales: el asombro de que el mundo exista, el cobijo y seguridad absoluta en que el hombre se ve acogido, la exigencia incondicional del deber. La definición de ética que encontramos en Moore (tratado de lo bueno) y en Marías (tratado de lo mejor) la encontramos ya en Aristóteles al comienzo de su *Ética a Nicómaco* I, 2, 1094a (támathòn kai tò ariston).

³⁹ «La ética que acaso el año que viene exponga en un curso ante ustedes se diferencia de todas las tradicionales en que no considera al deber como la idea primaria en la moral, sino a la ilusión. El deber es cosa importante, pero secundaria —es el sustituto, el *Ersatz* de la ilusión. Es preciso que hagamos siquiera por deber lo que no logramos hacer por ilusión». J. Ortega y Gasset, *¿Qué es filosofía?* (1929). Lección XI. La apreciación de Ortega revela el trasfondo característico de esos años: la lucha de la filosofía contra el idealismo y , que encerraron la moral en el concepto, en la subjetividad y en el deber, para sacarla a la luz de la vida, del ser que se manifiesta, de la verdad que es patencia. No es cierto que las éticas tradicionales —más allá de Kant— hayan hecho del deber la idea primaria en la moral. Ni Aristóteles ni la Biblia lo han hecho: para aquel la guía era la idea de perfección, felicidad y virtud; para el Nuevo Testamento el quicio de la moral es la experiencia de gracia, llamamiento y don previos que nos han enriquecido (parábolas de la perla y del tesoro. Mat 13); que al llamarnos nos han provocado a responder haciéndonos responsables, y que con los dones otorgados, haciéndonos posible una vida nueva, desde ella nos han hecho necesarios un hacer y un quehacer nuevos.

